

Juan Carlos y Latinoamérica: Salud y buenos negocios

Desde Madrid, escribe Armando Puente, corresponsal de Panorama



Pérez y el rey brindan. Y los republicanos exiliados rien.

Entre España y América latina se ha iniciado un nuevo diálogo. La retórica empieza a dejar paso a un lenguaje más directo y claro. La figura de Juan Carlos de Borbón, un rey joven, sencillo y un poco tímido, está sirviendo para ofrecer al mundo la imagen de una España nueva, en la que el monarca es "el motor del proceso hacia la democracia". Pero detrás de él están decenas de miles de españoles, que tuvieron que emigrar hace 40 años, al ser derrocada la república, y que con su esfuerzo crearon en Latinoamérica industrias y poderosas compañías.

Justino de Azcárate, al que el rey nombró senador hace 3 meses, es uno de esos republicanos que pasó largos años exiliado en Caracas.

El hecho fue ampliamente difundido por la prensa, como muestra de que habían sido superadas las secuelas de la lucha fratricida. Lo que no se dijo es que Azcárate es uno de los consejeros de la gran banca española y tiene formidables intereses y amistades en Venezuela. En su primera intervención en el Senado, el

nuevo legislador expresó hacia dónde se orientan las nuevas relaciones con América latina: "Debemos cambiar los tradicionales e inoperantes lazos de amistad por una actitud sin gesticulación ni grandilocuencia y anteponer la balanza comercial a la balanza sentimental y afectiva. Para ello vamos a utilizar a los pocos que quedamos de la emigración de la guerra civil y que vivimos entrañablemente enraizados en los países americanos, pero con el recuerdo y las manos tendidas hacia España".

No es por eso un azar que los países que primero han visitado los nuevos gobernantes españoles en sus giras americanas han sido México y Venezuela, las dos naciones donde se concentró la mayor masa de exiliados republicanos y en los que su potencial económico es mayor.

En México las inversiones en manos de los españoles ocupan el segundo lugar, después de las estadounidenses. En Caracas, el rey Juan Carlos presidió las solemnes e históricas ceremonias del bicentenario de la Capitanía General de Venezuela, pero tam-

bién se entrevistó con los representantes de la colonia española, medio millón de hombres, muchos de ellos republicanos, pero también poderosos industriales. Y recibió los primeros frutos: el acuerdo que concede a España, junto con Canadá, la construcción de una vía férrea de 800 kilómetros, cuyo presupuesto asciende a 1.500 millones de dólares. Alemania, Italia, los Estados Unidos y Japón habían acudido, junto con España y Canadá, a la licitación internacional para la construcción de este ferrocarril, que debía ser fallada en el pasado mes de abril. Pero el gobierno venezolano cambió en el último momento de idea y anuló la licitación, ofreciendo directamente la construcción a los consorcios español y canadiense. Es evidente que los viejos y poderosos exiliados republicanos supieron maniobrar hábilmente, para apoyar la iniciativa de la nueva España democrática.

A este acuerdo se unieron otros, igualmente importantes: astilleros, una fábrica de motores Diesel y camiones "Pegaso", y ambiciosos planes en la industria petroquímica y para la construcción de una red nacional de frigoríficos. España está decidida a entrar en el Pacto Andino por la misma puerta —Venezuela— que lo hacían los antiguos galeones virreinales.

Oleoducto Moscú-Madrid-Caracas-La Habana

Pero hay más. En el curso de la visita se examinó la posibilidad de organizar un marco de colaboración petrolera cuadrangular entre España, Venezuela, Cuba y la Unión Soviética. El plan supondría el desvío hacia España del petróleo que la URSS suministra a Cuba, a cambio de que este país recibiera, por parte de Venezuela, una cantidad semejante. Teniendo en cuenta el deshielo de relaciones entre Cuba y los Estados Unidos,

el proyecto podría ser pronto puesto en práctica, con el consiguiente abaratamiento de costos de transporte para todos.

El presidente venezolano, Carlos Andrés Pérez, halagó los oídos del rey Juan Carlos al decir públicamente: "Miramos a España como una presencia indispensable para que la América latina haga sentir su peso en la política global del mundo".

Esto —España como puente comercial entre Latinoamérica y la Europa del Mercado Común— fue precisamente lo que ofreció el presidente del gobierno, Adolfo Suárez, en la visita que realizó a 4 países europeos antes de que el rey Juan Carlos cruzara el Atlántico. Pero su irresistible sonrisa —que le dio la victoria electoral hace 3 meses— y sus indefinidas promesas latinoamericanas, no convencieron a los gobernantes europeos. Se había sostenido durante una década que la razón fundamental por la que el Mercado Común se oponía al ingreso de España eran los orígenes totalitarios del régimen franquista y que muerto el anciano dictador, el ingreso en el "Club de los 9" sería rápido. Adolfo Suárez ha podido comprobar hasta qué punto esas promesas eran papel mojado.

En Holanda, el primer ministro, Joop den Uyl, declaró que "el proceso democrático

español es un acontecimiento de profunda significación histórica que nos admira"; pero a continuación, y ya privadamente, expresó su preocupación por la suerte de los tomates que se producen en los invernaderos de los "polders" y que se verían amenazados por los tomates de Canarias y Andalucía si España ingresara inmediatamente en la CEE. "El ingreso de España va a costar a la Comunidad Europea 20.000 millones de dólares. Estamos dispuestos a pagarlos, porque es el precio para que se consolide la democracia en el flanco sur de Europa", pero naturalmente España tendrá que pagar una contrapartida: abrir sus puertas a la industria europea y poner sus soldados al servicio de la OTAN.

Suárez ofreció a los holandeses y a los daneses —a los que visitó a continuación— comprar la carne y el trigo de los países nórdicos europeos, a cambio de su apoyo para ingresar al Mercado Común.

En Francia fue aún más difícil. Giscard d'Estaing, el jefe del gobierno que se apresuró a respaldar al rey Juan Carlos a la muerte de Franco, fue todavía más frío: antes de tratar el ingreso de España en el Mercado Común —le dijo a Suárez— tenemos que conseguir el apoyo a nuestra agricultura. Además estamos en vísperas de elecciones, y

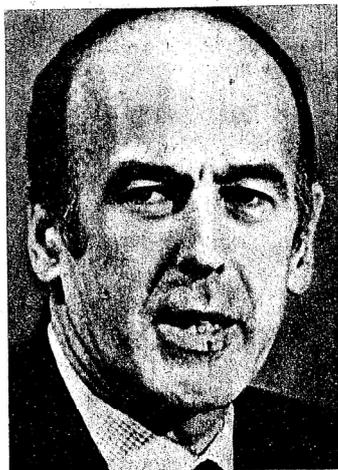
no podemos enfrentarnos a nuestros campesinos del Midi, que se sienten amenazados por las hortalizas y los vinos españoles. Por otra parte ustedes deberían pensar en comprarnos a nosotros y no a los norteamericanos, las centrales nucleares y equipos aeronáuticos y de transmisiones para las Fuerzas Armadas.

El jefe del gobierno italiano, Giulio Andreotti, que previamente se había puesto de acuerdo con el presidente francés, presentó el problema de otro modo, empleando un lenguaje florentino: "Estamos hartos de que con el dinero de la Europa meridional se subvencione la costosa ganadería de los países nórdicos del Mercado Común. El ingreso de España servirá para equilibrar la balanza de la «Europa Verde», agrícola-ganadera. Por eso cuentan con nuestro apoyo para entrar en la CEE. Pero, por favor, tenga Ud. paciencia. En lugar de aspirar a entrar en dos años, tendrá que esperar nueve para ser miembro con plenos derechos".

Suárez pierde prestigio

El tercer viaje del rey Juan Carlos a América latina se saldrá con excelentes resultados económicos y la figura del monarca saldrá consolidada internamente. En cambio, su presidente del gobierno volvió de la gira europea con las manos vacías y ha visto deteriorarse su imagen en el interior, donde está perdiendo prestigio rápidamente.

Claro que la baza económica principal de España sigue siendo la Europa del Mercado Común, en donde realiza el 35 por ciento de sus compras y a la que vende el 46 por ciento de sus productos y no la América latina, de donde llegan sólo el 7 por ciento de sus importaciones y a donde va el 9 por ciento de sus exportaciones. De ahí el marcado interés español de equilibrar un tanto el intercambio con los dos bloques, potenciando el latinoamericano. ■



Giscard: Que España espere.



Suárez: Que Francia aguante.